

EL CORTADEDOS

Gustavo Bermúdez estaba horrorizado con lo que estaba oyendo (no viendo, puesto que aunque se encontraba mirando la televisión, ésta, aparte la evidencia de los dedos cortados, no disponía de imágenes del horror que era explicado). Había aparecido en un monte próximo a la ciudad, la séptima víctima del psicópata de moda: “El cortadedos”, apodo que creía haberle puesto hacía meses el locutor que realizaba la entrevista, cuando en realidad se lo puso el propio psicópata a base de cortar dedos, de manos y pies, a ancianos de la ciudad en que Gustavo vivía. Aunque cayéndose de sueño en el sofá, hizo un esfuerzo para no quedarse dormido, y pensó: «Enterándome bien de los detalles, conseguiré que “El cortadedos” no se fije en mi».

En esta ocasión, la víctima se había decidido a hablar para ayudar a la policía, a pesar de la amenaza de morir si tal hacía. Los viejos que anteriormente habían aparecido sin dedos, se habían negado a contar el horror vivido durante su cautiverio. Lo más que llegaron a decir con el miedo en el cuerpo y la lección bien aprendida, fue: «Si hablo me matará; me lo ha dicho bien claro».

Gustavo Bermúdez no se perdía detalle de lo que el anciano sin dedos explicaba: que el psicópata era joven y bien parecido, que secuestraba a sus víctimas a punta de pistola, que el lugar del cautiverio era un sótano húmedo pero bien iluminado, que los dedos los cortaba con unas tijeras de podar de una mano, que él tenía una podadera igual y que por culpa del «¡Maldito hijo de puta!» no podría volver a utilizarla para podar sus rosales, que después de cortar los dedos los co...

Aunque el viejo siguió contando su experiencia ante la cámara, detrás de ella llegó un momento en que Gustavo Bermúdez dejó de oír al anciano, no porque la transmisión de

voz se hubiese interrumpido, sino porque con el temor de que aquello pudiese pasarle a él, acrecentó su miedo al escuchar ruido en la cerradura de la puerta de entrada. Al girar la cabeza y ver que entraba el psicópata apuntándole con una pistola, se desmayó.

Cuando cayó sobre su cabeza el agua de la botella que había en la nevera, Gustavo Bermúdez recobró el conocimiento. Fue en el momento en que “El cortadedos” dijo refiriéndose al anciano de la televisión: «¡Ya te daré yo a ti, viejo traidor!» y apagó el televisor dándole con rabia una patada. Evidentemente, lo primero que hizo Gustavo fue ponerse a temblar, no por el frío que le transmitió el contenido del envase de plástico transparente, sino porque el miedo que tenía antes de desmayarse, no era nada comparado con el que tenía ahora. Las intenciones del joven de buena presencia con pistola y sonriéndole, estaban claras: no dejaba de mirar sus temblonas manos, seducido por sus largos dedos con artrosis.

Con el psicópata a su espalda apuntándole con la pistola disimulada con una bolsa de supermercado, Gustavo Bermúdez fue siguiendo las indicaciones que le eran dadas hasta llegar a la furgoneta de “El cortadedos”. Una vez allí, el desequilibrado le hizo entrar por detrás, cerró con llave, se puso al volante y empezó a conducir respetando escrupulosamente las señales de tráfico. Al cabo de unos tres cuartos de hora, detuvo el vehículo tras abrir con un mando a distancia la puerta de un garaje subterráneo. Cuando abrió el furgón sin ventanillas, y Gustavo Bermúdez salió de él, el psicópata le obligó a unir las manos por detrás, y le puso unas esposas plateadas.

La entrada al sótano donde iba a estar en cautividad, hizo que fuesen dos los cautivos: con una argolla en su cuello, y una cadena que de ésta iba a una anilla sujeta a la pared, se encontraba sentado en el suelo un viejo de más o menos la edad de Gustavo Bermúdez.

Cuando éste fijó su mirada en el anciano prisionero, el pavor hizo que sus pelos se pusiesen de punta: al infeliz le faltaban los dedos de los pies, y en las manos sólo conservaba el índice de su mano izquierda.

La presentación no se hizo esperar: «Fermín, te presento a Gustavo, la persona que viene a relevarte. Gustavo, te presento a Fermín, hombre obediente y respetuoso. ¿Verdad que sí, Fermín? Gracias a esa actitud está a punto de salvar la vida. Sólo le queda por comerse su último dedo. Cuando esto haga, es decir, esta noche y delante de ti para que veas de qué va la cosa, habrá firmado su sentencia de vida. Solamente tendrá que esperar a que el esparadrapo puesto como apósito directo le corte la hemorragia, para que quede libre cual pájaro sin jaula; y sin dedos, claro. Je, je, je,...»

De un pequeño armario fijado en la pared, “El cortadedos” sacó una caja de madera, y de dentro de ésta materiales de primera cura: alcohol, agua oxigenada, algodón, esparadrapo, etc. Una vez dispuesto todo ello encima de una mesa que puso al lado de Fermín, le acercó una silla para que se sentase, y dijo: «Falta lo más importante; voy a buscarlas.

Ayer podé el sauce llorón y se me olvidaron en el jardín». Acto seguido desapareció por la puerta que daba acceso al garaje de la vivienda. Cuando apareció de nuevo, lo hizo con unas tijeras de podar en su mano derecha, y riendo sin mover los labios: «Je, je, je,...»

Al recibir la orden, Fermín puso dócilmente su mano izquierda sobre la mesa. En esta ocasión no fue necesario inmovilizársela. Gustavo, sentado en otra silla tal y como “El cortadedos” le había dicho, miraba con ojos desorbitados lo que estaba sucediendo. En ese momento el psicópata dijo: «A ver, Fermín, dile a Gustavo que quieres que yo te corte el único dedo que te queda. Pero para que sea más gracioso, díselo moviéndolo verticalmente, como cuando decimos sí con la cabeza». Aterrorizado como estaba,

Gustavo Bermúdez no se dio cuenta de que no iba a ser él quien sufriese la amputación, hasta que se oyó el chasquido y el último dedo de Fermín cayó sobre la mesa. Mejor dicho, hasta que la sangre de éste salpicó sus manos.

Como quedarse sin dedos significaba su liberación, con la moral alta Fermín no gritó de dolor como había hecho las anteriores veces. Incluso cuando “El cortadedos” cocinó, sirvió el dedo en bandeja de plata, y lo sujetó para que él se lo comiese, ni le dio repugnancia el comérselo, ni lo vomitó al cabo de un tiempo como sucedió con los otros. Esta vez fue Gustavo Bermúdez el que arrojó intensamente, el que echó la primera papilla. Cuando esto sucedió, al psicópata le entró la risa: «Je, je, je, ...»

Al día siguiente fue liberado Fermín. A su regreso, “El cortadedos” se encaró a Gustavo y le explicó en qué consistía el juego: «Se trata de que sobrevivas. Para ello, y como es lógico, tendré que alimentarte. Pero con la condición de comerte de aperitivo el dedo que te corte. Luego, lo vomites o no, eso no importa, te prepararé comida, te la serviré caliente y te la daré cuando la falta de dedos te impida llevártela a la boca. Sólo así podrás seguir comiendo y no morirte de hambre hasta que te quedes sin un solo dedo. Porque si te niegas a comerte alguno de los dedos, seguiré cortándotelos uno a uno hasta dejarte sin ninguno. Después te morirás cuando el no comer te mate. Je, je, je, ... No serías el primero».

Siguiendo el ritual, “El cortadedos” puso sobre la mesa lo que contenía la caja que hacía de botiquín. Gustavo Bermúdez no sólo temblaba sino que viendo que esta vez los preparativos eran por él, a punto estaban de salirse los ojos de las órbitas. No digamos cuando el psicópata empuñó las tijeras de podar. Entonces empezó a sudar, empujado el sudor por la idea de la amputación sin anestesia. Como dice la frase hecha, “un sudor se

le iba y otro se le venía” ante el apuro en que se hallaba. Más aún cuando “El cortadedos” le cogió (su antebrazo estaba sujeto a la mesa por un soporte y una correa con hebilla) el dedo pulgar de su mano derecha, y se recreó sujetádoselo con el corte curvo de la herramienta: no pudiendo soportar la tensión, Gustavo perdió el conocimiento.

Cuando el agua fría le hizo volver en sí, “El cortadedos” empuñó otra vez la podadera, y sin entretenerse le cortó el dedo a Gustavo Bermúdez. Los espeluznantes gritos de éste ahogaron el «Je, je, je, . . .» del psicópata. Después “El cortadedos” desinfectó la herida y detuvo la salida de la sangre a base de esparadrapo. Acto seguido cogió el dedo y salió para cocinarlo en la cocina de la casa.

Enloquecido como estaba, Gustavo se concentró y realizó un conjuro mental para que el psicópata se convirtiese en una persona normal, a ser posible mujer, que lo dejase libre.

Él, ni le tendría en cuenta el ser liberado con un dedo menos, ni la delataría aunque se la encontrase por la calle. Tanta fue la concentración, que el conjuro se cumplió: cuando de nuevo se abrió la puerta apareció su mujer con el carrito de la compra.